

# RENOVACIÓN URBANA. De la certeza a las incertidumbres<sup>1</sup>

# 3

Roberto Goycoolea-Prado<sup>2</sup>  
Universidad Alcalá de Henares



El Gallinero. Asentamiento informal a 13 km del centro de Madrid.

Roberto Goycoolea-Prado, [Dominio público].



Intentar esclarecer las características y significado del cambiante e incierto panorama al que se enfrentan hoy los procesos de renovación es el objetivo del presente capítulo de libro. Con este fin, el texto se estructura a partir de dos partes relacionadas. La primera, destinada a caracterizar los procesos de renovación urbana desde una perspectiva histórica para intentar entender qué hay de original en la situación actual. Y, desde ahí, intentar definir los requerimientos y aspiraciones que las actuales políticas de renovación urbana deberían considerar para ser coherente con las demandas y aspiraciones sociales de su tiempo.

Las conclusiones muestran que nos encontramos en un momento de gran incertidumbre, donde no se tienen claro los conceptos ni procedimientos a seguir en la práctica urbanística, debido a que tampoco están claros los requisitos ni las aspiraciones de la sociedad que la generalización de las nuevas tecnologías, el neoliberalismo y la globalización están configurando.

Con independencia de si fueron fundadas o surgieron por generación espontánea, las ciudades han desarrollado dos grandes estrategias para responder a las demandas y aspiraciones que, con el paso del tiempo, les planteaban las sociedades que acogían: renovarse y expandirse. Hoy ambas estrategias se compatibilizan, siendo habitual la renovación de los centros históricos, por ejemplo, con la construcción de nuevas urbanizaciones exteriores.

Sin embargo, durante mucho tiempo la opción de expandirse fue excepcional. Es más, hasta la

Revolución Industrial pocas ciudades saltaron los límites que las contenían, con independencia de si fuesen accidentes naturales, murallas, áreas de protección o símbolos religiosos. Motivos había para no traspasarlos: superar los límites podía dejar desprotegida a una parte de la ciudad, disminuir la disponibilidad de alimentos y agua al ocupar las áreas agrícolas colindantes, perder fueros y privilegios otorgados, restringir las posibilidades de control social, etc. Por eso, antes que ampliar, se densificaba. Y solo si no había más alternativa, se crecía construyendo una nueva muralla perimetral o, como los griegos, se enviaba al excedente de población a fundar un nuevo asentamiento (Coulanges, 2009).

Las paulatinas mejoras de los sistemas de comunicación —que permitieron traer alimentos y productos de sitios cada vez más lejanos— y, sobre todo, la consolidación de los estados nacionales —que trasladó las barreras de seguridad de las murallas urbanas a las fronteras del país— llevaron a privilegiar la expansión sobre la renovación para absorber el crecimiento urbano.

Así, a fines del siglo XVIII, las demandas de suelo de la incipiente Revolución Industrial comenzarían a resolverse construyendo más allá de los arrabales. Salvo excepciones, este crecimiento se hizo anteponiendo la necesidad a la planificación, generando las amplias zonas de informalidad, miseria y contaminación características de la industrialización.

A medida que avanza el proceso de industrialización, la situación llegaría a tal punto de degradación

que se comenzaría a exigir a las autoridades que trataran el problema como asunto de Estado. La respuesta dada para mejorar las malas condiciones de vida fue la renovación urbana.

Es importante señalar que estas estrategias de renovación urbana suponen un hito en la historia de la ciudad porque fueron más allá de la mera mejora o sustitución de elementos urbanos específicos, como hasta entonces era habitual. En síntesis, y retomando lo dicho por Castrillo (2015), cuatro fueron las novedades aportadas: (a) Ser iniciativas públicas, gestionadas por un poder local con capacidad normativa, técnica y económica para realizarlas. (b) Conformar una política urbana en el sentido moderno del término, es decir: formulación de objetivos concretos y desarrollo de instrumentos de diseño, gestión y control de la misma. (c) Utilizar el pensamiento científico y la racionalidad técnica como instrumentos fundamentales para resolver los problemas urbanos. (d) Definir un tipo de práctica urbanística “que pretende anticipar la transformación de los tejidos existentes sobre la base del reconocimiento de algún valor”, diferenciándose de las intervenciones que parten de la tabula rasa, que solo reconocen el valor de localización.

Esta última consideración es clave. Significa que el término renovación urbana no se puede aplicar a aquellas intervenciones limitadas a la mera rehabilitación o sustitución de un edificio por envejecimiento o inadecuación funcional o simbólica. Para ser considerada como tal, se requiere que alguien con capacidad de decisión e intervención

promueva —por iniciativa propia o mandato— un plan de actuación urbana destinado a mejorar lo que esté mal y/o resolver las carencias, pero conservando lo que de valioso tiene lo existente. En otras palabras, toda renovación urbana es un acto político, en cuanto responde a una manera de pensar sustentada en criterios y procedimientos que guían la acción en una dirección específica.

Las renovaciones urbanas decimonónicas atendían a solucionar problemas específicos de la ciudad, especialmente los relacionados con la salud. Con el tiempo fueron ganando en complejidad —tanto en términos cuantitativos (requerimientos de habitabilidad y servicios) como cualitativos (aspiraciones simbólicas y de calidad de vida)— a la vez que ganando en certezas sobre los métodos e instrumentos a utilizar. Con ello se ha terminado conformando un corpus urbanístico consolidado que ha permitido resolver con garantías los muy diversos desafíos presentados. El ejemplo más elaborado de este saber hacer es el Programa de Renovación Urbana Integral impulsado por la Unión Europea en las últimas décadas del siglo XX. Basta pasearse por los barrios donde se aplicó para constatar lo mucho que ha servido para mejorar su habitabilidad y calidad de vida.

Hoy, sin embargo, esta contrastada estrategia urbanística parece insuficiente para responder a los nuevos desafíos de la llamada Sociedad de la Información y sus conocidas características —globalización, digitalización, intercomunicación, neoliberalismo, etc.— y a sus no menos conocidas

consecuencias: libertad de expresión y desplazamiento, aumento de eficiencia y productividad, consumismo, desafección política, etc. Se trata de una suma de factores que están configurando nuevas formas de pensar, de producir, de comunicarnos y organizarnos y, con ello, formulando a las ciudades inéditas demandas espaciales y simbólicas.

Visto con más perspectiva, en las ciudades ocurre lo mismo que en otras estructuras sociales básicas de nuestro modelo de convivencia, tales como la familia, la política, la educación, el trabajo y la justicia, por nombrar las más evidentes. Si nos atenemos a las encuestas de opinión, existe una percepción mayoritaria de que el sistema no está funcionando como debiera, siendo necesario renovarlo —aunque no se sabe cómo podría ser esta adecuación—.

Al igual que ocurre con las múltiples respuestas que se está intentando dar, la creciente desafección política (Torcal, 2000), la diversidad de planteamientos teóricos y criterios de diseño que están apareciendo en los últimos procesos de renovación urbana (reflejada en una larga lista de teorías, métodos e instrumentos de evaluación: *smarts cities*, *eco-ciudades*, *ciudades sostenibles*, *verdes*, *inclusivas*, *creativas*, etc.) lejos están de constituir una corriente consolidada de actuación. Al contrario, abundan las posiciones divergentes y las soluciones planteadas son heterogéneas.

Sin embargo, tras esta diversidad, hay signos suficientes como para suponer que se está configurando una nueva fase en la historia urbana donde las categorías que hasta ahora funcionaban para



comprender, configurar y gestionar el espacio habitable requieren ser modificadas (o sustituidas) para que atiendan con propiedad a los nuevos tiempos.

Intentar esclarecer este cambiante e incierto panorama es, según lo apuntado, el objetivo del presente numeral de libro. Con este fin, el texto se estructura a partir de dos partes relacionadas. En la primera, se busca caracterizar los procesos renovación urbana desde una perspectiva histórica para intentar entender qué hay de original en la situación actual. En la segunda, partiendo de la anterior, se intentan definir los requerimientos y aspiraciones que las políticas de renovación urbana deberían considerar para ser coherente con su tiempo.

La documentación y reflexiones aquí presentadas provienen del trabajo realizado en el Seminario Criterios Contemporáneos de Renovación Urbana, que dirijo desde hace una década en el Master Universitarios de Proyectos Avanzados de Arquitectura y Ciudad (MUPAAC), Universidad de Alcalá (España). Tres han sido las metodologías empleadas en el posgrado: (a) Revisiones bibliográficas y estudios de casos de las etapas fundamentales de las renovaciones urbanas en el ámbito europeo y americano. (b) En la identificación de la situación actual se han empleado varios procedimientos: de revisiones bibliográfica a entrevista con expertos y usuarios, de estudios de caso al análisis de materiales audiovisuales y comentarios en redes sociales. (c) La discusión de resultados se ha hecho mediante focus group, confrontando los datos obtenidos con las realidades culturales de los estudiantes, en su mayoría extranjeros.

## Parte 1. Historia crítica de la renovación urbana

El objetivo de esta parte es analizar los procesos renovación urbana desde una perspectiva histórica. Los estudios realizados nos han llevado a definir cinco fases que hemos denominado, más para diferenciarlas que por rigor científico, Higienismo, Conservacionismo, Ciudadanía y Renovación integral. A las que habría que agregar la actualmente en ciernes, caracterizada por la incorporación de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación a los procesos de configuración y gestión urbana, y tratada en la segunda parte del texto.

Las fases analizadas se distinguen por haber supuesto una aportación epistemológica clara frente a las etapas precedentes. Son fases que se han manifestado en todos los países que han implementado políticas de renovación urbana, aunque los momentos históricos y las formas de aplicarlas han diferido entre países. Por eso, si bien es posible encontrar una línea temporal en las fases propuestas, no constituyen una cronología. En la práctica, las fases se superponen —interactúan, permanecen, hibernan— en procesos mucho más enmarañados de lo que las abstracciones teóricas pretenden.

### Fase 1. Higienismo

El higienismo fue una corriente paradigmática del pensamiento decimonónico, donde “confluye una preocupación genérica por la salud pública, el intento de explicar el origen y mecanismos de determinadas enfermedades endémicas y epidémicas, y

una amplia reflexión sobre lo que hoy llamaríamos Calidad de la vida” (Urteaga, 1985-6, p.417).

En el ámbito urbano, “la miseria de amplios sectores de la población, y un extenso abanico de problemas sociales, como el alcoholismo, la prostitución o la violencia urbana, fueron descritos alternativamente como síntoma o causa, cuando no consecuencia, de un lamentable estado de la salud pública” (Urteaga, 1985-6, p. 422). Para imaginarse cómo eran estos insanos entornos, basta recordar la cruda descripción que del parisino Mercado de Les Halles hace Patrick Süskind (1985) en las primeras páginas de *El perfume*.

Conscientes de la magnitud del problema, diversos grupos de médicos, científicos y librepensadores, más o menos organizados, demandarían a las autoridades acciones concretas para mejorar las condiciones higiénicas de las hacinadas y contaminadas ciudades industriales. Así, poco a poco, se empezaría a actuar en el espacio público tanto en el plano legislativo como en intervenciones concretas hasta llevar a configurar una práctica urbanística conocida luego como higienismo. En ella es posible distinguir tres etapas, en gran medida secuenciales:

- a. La primera tarea consistió en eliminar las áreas urbanas insalubres y relocalizar las actividades sanitariamente más peligrosas: tapar fangales y acequias, evitar en las calles las defecaciones (animales y humanas) y las basuras, mejorar las redes de agua y saneamiento —cuando existían—, alejar las industrias contaminantes,

morgues, mataderos, hospitales y cementerios de las áreas centrales, etc.

- b. Casi en paralelo, iniciaron la construcción de las infraestructuras urbanas de higiene, especialmente, la construcción de alcantarillas, la instalación de fuentes de agua potable y la promoción de sistemas de recogida de basuras y limpieza (ver fig.1). A la vez, empezaron a tirar las edificaciones abandonadas o insalubres para ampliar calles y construir plazas que mejoraron la ventilación y el soleamiento, etcétera.
- c. Tras proveer de las infraestructuras básicas, la atención se centró en la salud de las viviendas. Primero se introdujeron mejoras sanitarias en los edificios existentes (colocar letrinas o albañales comunitarios, proveer de agua, mantener limpias zonas los espacios públicos y semipúblicos, etc.), luego, la estrategia consistió en construir viviendas que contemplasen la higiene como criterio de diseño; lo que se hizo para todas las clases sociales, tanto para los barrios obreros que reemplazaron los tugurios donde vivían los trabajadores industriales como para los ensanches que sustituyeron a los antiguos palacetes de la burguesía. Es, por cierto, la época en que los arquitectos empezaron a preocuparse por el problema de la vivienda, estudiando y normando las instalaciones, dimensiones y condiciones de higiene con que deberían contar.

De manera transversal, los higienistas realizaron diversas acciones destinadas a introducir su concepto de salud en los ámbitos privados. Entre ellas cabría destacar la paulatina extensión de la atención médica a toda la población, la inclusión de las normas de higiene en los distintos niveles de enseñanza, la edición de libros de urbanidad (muy demandados en la época), la promoción de campañas de salud y de la producción industrial de productos de limpieza, entre otras.

El impacto de las políticas higienistas sobre la salud de la población fue espectacular. La disminución de los índices de mortalidad infantil y de enfermedades infecciosas, así como el aumento de la esperanza y calidad de vida, lo constatan. Por ejemplo, en España, según Nicolau (2006), “en 1870, la esperanza de vida no llegaba a los 30 años, diez años menos que en la mayoría de los países de la Europa Occidental (...) en la actualidad se sitúa sobre los 80, por encima de la media europea” (p.1). Un aumento espectacular en el que las prácticas higienistas han sido fundamentales.

Desde la perspectiva que nos ocupa, más que estos datos, nos interesa recalcar algunos criterios de diseño de las políticas higienistas que han sido fundamentales para el desarrollo de las renovaciones urbanas posteriores:

- a. Para que tengan éxito, las políticas urbanas deben ser asumidas como cuestión de Estado. Durante mucho tiempo la higiene fue un asunto privado o semiprivado. En la Edad Me-

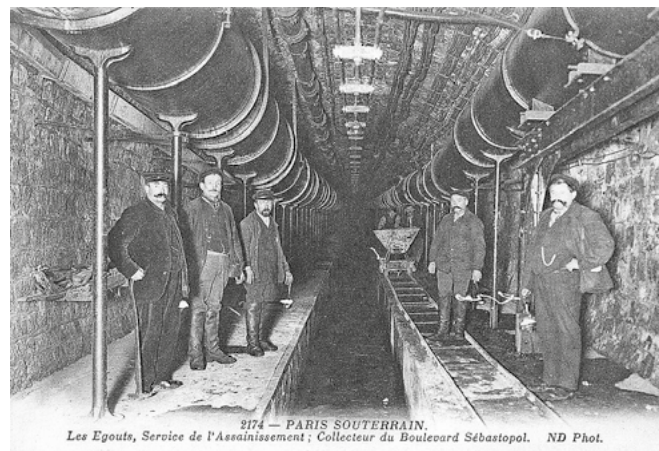


Figura 1. Paris Souterrain, Les égouts, service de l'assainissement.

Fuente: Neurdein, [Public domain].

dia, ahí donde las infraestructuras romanas dejaron de funcionar, rara vez hubo voluntad política ni demanda social para repararlas —y no era cuestión de dinero ni de falta de conocimientos técnicos, pues eran capaces de construir catedrales y monasterios asombrosos—. Si se analiza la legislación sobre salubridad de la Comuna de París, se verá que hasta muy avanzado el siglo XVIII las normas se centran en el ámbito privado, exigiendo, por ejemplo, que no se tiren aguas negras a la calle sino a las letrinas que cada vecino debe construir y mantener.

- b. Las políticas higienistas tuvieron el mérito de mostrar no solo que la ciudad puede renovarse mediante políticas que no impliquen, necesariamente, recurrir a la tabula rasa para mejorar la ciudad. Con un buen manejo de la inversión

privada la renovación no tiene por qué ser una sangría para el erario público.

- c. Pero, sobre todo, mostraron que para tener éxito las políticas de renovación urbana deben considerar todos los distintos aspectos de lo urbano. Así, por ejemplo, las amplias reformas renacentistas emprendidas en Ferrara por Hércules I (1431-1505) —ampliación de calles y equipamientos, apertura de plazas, construcción de palacios sobre los chamizos medievales, etc.— aunque mejoraron notablemente el ambiente urbano no impidieron que la peste bubónica continuase haciendo estragos porque no se mejoraron las condiciones de salubridad en el interior de los inmuebles. El propio Duque y parte de su familia murieron contaminados. En cambio, las reformas higienistas, al entender la ciudad como un todo, terminarían eliminando los vectores hasta llegar a erradicar, o casi, las pandemias urbanas.

Con estos antecedentes, es comprensible que el impacto de las tesis higienistas haya sido duradero. A ellos se debe no solo que hoy se considere inadmisibles que un espacio habitable no cuente con unas condiciones de salubridad mínimas, sino la existencia de una extensa legislación sobre higiene y salud en todos los ámbitos de la vida. Por ello, sin exagerar, podemos afirmar que sin las teorías y reformas higienistas nuestra calidad de vida sería bastante más precaria.

Ahora bien, frente a estos aspectos positivos e incuestionables del higienismo se han planteado algunas críticas dignas de considerar:

- a. En muchos casos el poder político-económico inscribió las ideas higienistas en políticas de renovación urbana que iban más allá de la mejora de la salud pública y en su propio beneficio. En la práctica, las inversiones en higiene urbana fueron el detonante (o pretexto) para emprender una amplia “adecuación” de la ciudad a los espacios políticos, productivos, comerciales y sociales que la nueva burguesía demandaba. En esta tarea, el Estado se apoyaría en el capital privado para conseguir los objetivos planteados. Las transformaciones de París dirigidas por el barón Haussmann durante el Segundo Imperio (1852-1870) y las reformas de muchas ciudades que las emularon son paradigmas de una política que, aunque en principio estaba orientada al bien común, fomentaba la acumulación de las plusvalías de la inversión pública en los propietarios del suelo y tenedores de renta (Harvey, 1977).
- b. Se ha criticado al higienismo haber implantado sus ideas por imposición y no por acuerdo social. Siguiendo el actuar propio del despotismo ilustrado, fueron las élites políticas/económicas (apoyadas en médicos y científicos) las que decidieron cómo se debía vivir. Según (Urteaga, 1985-6)

La higiene social, a finales del siglo pasado, deviene en cierta medida en una tecnología



de la población. Y de esta orientación surgirán nuevas y diferentes definiciones del quehacer higienista: «La higiene social –se escribirá en 1920– es una sociología normativa: consideramos al hombre como un material industrial o, mejor, como una máquina animal. El higienista es pues el ingeniero de la máquina humana» (p. 417).

Cabe apuntar que la imposición elitista de los usos y costumbres higiénicas se puede asimilar a lo sucedido con la arquitectura decimonónica que desarrolló una práctica proyectual imponiendo sus modelos sin prestar atención a las idiosincrasias ni climas locales, lo cual, hay que recalcarlo, no quita el mérito a la calidad de lo construido por estos arquitectos: ahí están París, Londres o Barcelona para constatarlo.

## Fase 2. Conservacionismo

Aunque, de una u otra manera, todas las políticas de renovación urbana de las primeras décadas del siglo XX continuarían apoyándose en las ideas higienistas, comenzaría a aparecer un nuevo criterio de actuación que terminaría siendo fundamental para muchas ciudades. Nos referimos a la conservación del patrimonio. Si bien, eso sí, se trata de una idea de patrimonio más acotada que la actual, al considerar patrimonial solo a los monumentos histórico-artísticos más señeros.

El documento que mejor resume esta tendencia es, probablemente, la Carta de Atenas para la restauración de monumentos históricos, adoptada en la

Primera Conferencia Internacional de Arquitectos y Técnicos de Monumentos Históricos en 1931.

Desde la perspectiva que nos ocupa, la Carta del Restauo, como suele denominársele, sería la consecuencia lógica de una reacción razonada ante la destrucción de monumentos producidas por “las condiciones de la vida moderna”, según el propio documento. Razones no faltaban. Salvo cuando se trataba de obras de incuestionable valor estético o histórico, el urbanismo decimonónico no tuvo reparo en destruir el patrimonio, si eso permitía mejorar las condiciones higiénicas y/o funcionales de la ciudad. A ello debe sumarse la práctica de localizar extramuros los nuevos equipamientos (industrias, ferrocarriles, etc.) y los más saludables barrios de viviendas, habitacionales, cuya consecuencia más visible fue el paulatino abandono de los centros históricos. Así, muchos monumentos terminarían en ruinas o sirviendo de cobijo para los más desfavorecidos. Las ilustraciones de la época muestran monumentos tan reconocidos como los anfiteatros de Arles, Nimes o Catania invadidos de viviendas paupérrimas, la Alhambra cobijando a traficantes y bandoleros o los templos romanos de Évora o Nimes en estado lamentable, entre otros (ver fig. 2).

Esta situación de abandono del patrimonio es la que intenta revertir la Carta del Restauo. Respaldada por las acciones de los contados conservacionistas precedentes, en la Carta se afirma que la salvaguarda del patrimonio monumental debe ser un elemento fundamental de la práctica urbanística. La idea irá calando y traduciéndose en acciones concretas.



Figura 2. Interior of the Temple of Diana at Nîmes.

Fuente: Humbert Robert, [Public domain].

Surgirán entonces las primeras catalogaciones y declaraciones sistemáticas de bienes patrimoniales junto con las primeras políticas destinadas a restaurar los monumentos histórico-artísticos más representativos. El Estado, impulsado a la tarea conservacionista por los ámbitos académicos e intelectuales, comenzará a asumirla como una cuestión de primer orden aunque no cuente con el interés de la mayoría de la población, más preocupada en resolver sus carencias de habitabilidad.

Es, en síntesis, la época en que comienza la conservación sistemática del patrimonio monumental, sobre todo en el ámbito europeo. Muchos edificios en franco proceso de deterioro, como los señalados, se intervienen para restituirles el esplendor perdido. Eran, eso sí, actuaciones con un marcado componente esteticista (se buscaba devolver al mo-

numento al canon estilístico que le correspondía) y/o nacionalista (cuando se buscaba reafirmar alguna identidad nacional o local). Por eso, aunque se hablaba de intervenciones científicas, las licencias de los restauradores eran amplias y solía imponerse la búsqueda de una imagen pintoresca o tópica de lo restaurado más que una restitución del monumento original.

A la luz de las voces contra los excesos estilísticos, se comienza a vislumbrar la necesidad de tener una visión científica del patrimonio para saber cómo actuar y evitar falsificaciones románticas, dando origen a la creación de procedimientos y criterios contrastados de catalogación y actuación. Estos serán desarrollados primero en el ámbito académico y de los profesionales comprometidos y, posteriormente, introducidos de forma paulatina en las distintas legislaciones nacionales.

Desde una óptica teórica estricta, hoy en día es cuestionable que el conservacionismo pueda entenderse como una política de renovación urbana, ya que se centra en un solo aspecto de lo urbano sin atender a la lista de beneficios añadidos que la gestión del patrimonio puede llegar a tener, especialmente, a su papel como dinamizador socioeconómico. Sin embargo, en las primeras décadas del siglo pasado lo importante era rescatar y poner en valor las obras monumentales, con independencia del estado en que pudiese encontrarse el entorno urbano que las albergaba.

En España sobran ejemplos de lugares donde la conservación de algún monumento no modificó las

condiciones de vida de los vecinos más allá de los trabajos circunstanciales que pudiese ocasionar su rehabilitación. Fenómeno que se mantendría hasta bien avanzado el siglo XX, más exactamente, hasta el momento en que el patrimonio fue tratado como recurso turístico.

Aunque la crítica es sin duda oportuna, cabe argüir que gracias a este tipo de intervenciones, por acotadas que fuesen, muchas áreas monumentales se salvaron de la ruina o la piqueta, que para el caso es lo mismo. Pero hay más, las tesis conservacionistas han sido el germen de la amplia estima social que hoy existe por el patrimonio, al considerarlo como una herencia que trasciende los aspectos materiales y forma parte de las identidades colectivas y personales.

Esta es una idea que resulta hoy en día tan natural que no se suele destacar cuánto ha costado llegar a que se tome consciencia de la importancia del patrimonio para la construcción de las identidades, la memoria histórica y la cohesión colectiva. Un logro que ha requerido un largo recorrido que no se habría ni siquiera iniciado sin el impulso de los conservacionistas.

### Anti-conservacionismo

La salvaguarda del patrimonio iría incorporándose paulatinamente en las políticas de renovación urbana del periodo de entreguerras y con fuerza en la segunda mitad del siglo XX. Sin embargo, para entender de manera más cabal lo que sucedía en el ámbito urbano es necesario detenerse en un movi-

miento que se da en la misma época. Se trata del Movimiento Moderno, que promulgaba una manera de entender la ciudad y la historia antagónica a la de los conservacionistas.

Por otra ironía de la historia, el documento que mejor resume los postulados del Movimiento Moderno fue redactado en la misma ciudad y época que la Carta del Restauero. Es la otra Carta de Atenas. La aprobada en el IV Congreso Internacional de Arquitectura Moderna, el famoso CIAM de 1933, y que sería publicada en 1942 por Le Corbusier, bajo el significativo título Principios del urbanismo<sup>3</sup>.

No es este el lugar para explicar un texto tan conocido como influyente, pero sí para recalcar su postura a-histórica o anti-conservacionista, al centrar la política urbana en una completa re-construcción de lo existente para adaptarlo a los nuevos tiempos. El ejemplo más paradigmático de esta manera de entender la ciudad lo daría Le Corbusier en su radical y provocativo Plan Voisin (1925). Ahí proponía arrasar con el derruido y miserable centro de París, sustituyéndolo por un grupo de torres aisladas cruciformes de 60 plantas de altura, rodeadas de parques y de un sistema de viales diferenciados por uso. Su postura ante las críticas recibidas es meridiana:

Algunas personas, a las que preocupa más el esteticismo que la solidaridad, militan en favor de la conservación de algunos viejos barrios

<sup>3</sup> La enorme influencia disciplinar que ambas Cartas de Atenas tuvieron, contrasta con el escaso impacto que suelen tener los manifiestos y declaraciones actuales. Habría que ver si se trata de una cuestión de calidad u oportunidad, pero lo cierto es que hoy documentos, declaraciones o acuerdos como estos no suelen tener mayor repercusión que su publicación.

pintorescos, sin preocuparse de la miseria, de la promiscuidad y de las enfermedades que éstos albergan [...] el culto por lo pintoresco y por la historia no debe tener en ningún caso la primacía sobre la salubridad de las viviendas, de la que tan estrechamente dependen el bienestar y la salud moral del individuo (Carta de Atenas, Art. 68).

Visto con perspectiva histórica, las señaladas Cartas de Atenas resumen las dos estrategias urbanísticas fundamentales posteriores a la II Guerra Mundial. Sin entrar en detalles, el modo en que se reconstruirían dos de las ciudades más emblemáticas arrasadas durante la contienda, Varsovia y Rotterdam, ejemplifica con claridad las tan opuestas propuestas de ciudad a las que cada una apuntó. La capital de Polonia se reconstruyó meticulosamente intentando borrar cualquier signo de su destrucción; quien hoy la visite no tendrá manera de saber que no recorre una ciudad antigua, sino una mimesis de la misma.

Por el contrario, el pujante puerto holandés fue reconstruido apostando por la innovación y la modernización europea.

En la época, lo menos que comentarían los arquitectos modernos de la reconstrucción polaca es que era un pastiche, un proyecto anacrónico que no entendía el signo de los tiempos, al contrario de la esplendorosa nueva ciudad holandesa. Con los años las tornas han cambiado. Hoy es la ciudad polaca la que cuenta con el reconocimiento social, al punto de haber sido incluida en la Lista del Patrimonio Mundial en 1980 como ejemplo de renovación ur-

baña y compromiso de social de un pueblo con su herencia cultural.

### Fase 3. Ciudadanía

Con estas palabras Manuel Castell (1974) señalaba el punto clave de esta nueva fase en la historia de las renovaciones urbanas, acaecida en el tercer cuarto del siglo XX, donde sobresale el determinante papel que puede llegar a tener una sociedad organizada en la configuración del espacio urbano:

En todos los países podemos observar cómo aumentan el número y la intensidad de las movilizaciones populares en torno a los problemas de la organización colectiva del modo de vida, en torno a los llamados problemas urbanos que afectan a la inmensa mayoría de la población que habita las ciudades: condiciones de vivienda y transporte, acceso a los servicios colectivos (escuelas, hospitales, guarderías, jardines, zonas deportivas, centros culturales), etc. Nuevos problemas en la vida cotidiana, nuevas contradicciones y conflictos sociales, a partir de los cuales surgen los actuales movimientos sociales urbanos (contraportada).

Con razón, el entonces joven sociólogo, entiende que estas reivindicaciones sociales son “expresiones históricas particulares de un proceso a la vez general y complejo: aquél por el cual la lucha política y los problemas urbanos se ligan en forma estrecha, desarrollando nuevas contradicciones sociales que se encuentran en el centro de nuestra vida cotidiana” (1974, contraportada) centra su interés en los



movimientos vecinales surgidos a lo largo del planeta para reivindicar mejores condiciones de vida e intentar, para lograrlo, controlar el poder local y que, en no pocos casos, terminaron alcanzando el poder estatal, como la Unidad Popular en Chile.

Pero la época fue mucho más rica que la que un análisis centrado en las luchas vecinales podría dar cuenta. En paralelo, se desarrollaron los movimientos anticulturales —beatniks, hippies y asimilables— que también tuvieron en la crítica urbana su razón de ser, pero sus objetivos serían opuestos. La lucha anticultural no se centró en la mejora de las condiciones de vida sino en la calidad de la misma, proponiendo formas de vivir alternativas a las de la cultura imperante.

Lemas como Derecho a la ciudad, Recuperar la ciudad, Ciudad para los ciudadanos, Ciudad para todos y otros asimilables, fueron la bandera de lucha de quienes intentaban revertir la creciente sensación de que la vida construida por la racionalidad moderna no coincidía con los modelos prometidos por los adalides del progreso y/o las utopías políticas propuestas por los dos grandes modelos de sociedad que luchaban en la época por lograr la hegemonía mundial: capitalismo y socialismo.

La reivindicación no fue, eso sí, homogénea. Como apuntábamos, se dieron dos maneras distintas de entender el Derecho a la ciudad en función de las circunstancias vitales de cada uno: unos preocupados por la habitabilidad y los otros por la calidad de vida. Dos enfoques que, por cierto, guiaron las renovaciones urbanas en la época y que en muchos

sentidos permanecen y orientan las actuales reivindicaciones urbanas.

Al menos esa es la tesis que Harvey defiende en *Ciudades rebeldes* (2013):

El derecho a la ciudad es por tanto mucho más que un derecho de acceso individual o colectivo a los recursos que esta almacena o protege; es un derecho a cambiar y reinventar la ciudad de acuerdo con nuestros deseos. Es, además, un derecho más colectivo que individual, ya que la reinención de la ciudad depende inevitablemente del ejercicio de un poder colectivo sobre el proceso de urbanización (p.20).

#### Movimientos vecinales: habitabilidad

Pasadas las penurias de la postguerra, los ciudadanos más desprotegidos veían que sus condiciones de habitabilidad no mejoraban a la par que los indicadores económicos. Ante ello, los vecinos se organizaron para reivindicar el Derecho a la ciudad, en el sentido más cuantitativo del término, es decir, para conseguir mejores condiciones de habitabilidad y políticas sociales más justas.

Es importante recalcar que estos movimientos sociales se produjeron por irrupción y no como resultado de una estrategia de lucha política, al menos en sus inicios. Esto es clave porque el poder no los esperaba, como muestran las descoordinadas reacciones habidas: de la represión brutal a intentar atender las demandas.

La España franquista es un buen ejemplo de lo sucedido en muchos lugares. Tras pretender disolver el movimiento vecinal por la fuerza, Franco terminó

plegándose a las peticiones con un ambicioso programa de construcción de vivienda para erradicar los barrios de invasión, cuyo nombre trasluce sin lugar a duda la falta de previsión política: Planes de Urgencia Social.

La planificación urbana fue el instrumento empleado por la administración para canalizar estas inquietudes, procurando vivienda y buscando un mejor reequilibrio de las infraestructuras, equipamientos y servicios y, con ello, dar mejores condiciones de vida para todos los ciudadanos. Es la época de las grandes unidades habitacionales, de los programas de mejora de las infraestructuras y construcción de equipamientos y servicios, especialmente de transporte, salud y educación, que se distribuyen colectivamente. Es, en definitiva, el momento en que se extiende, si bien con diferencias notables entre países, el Estado de bienestar —toda una conquista social que hoy, como bien padecemos, muchos se empeñan en dismantelar—.

Los movimientos urbanos lograron mejoras considerables en las condiciones de las ciudades e importantes cuotas de poder en la política local. Basta recordar cómo eran las periferias de la posguerra en Europa y América para comprobar el enorme y positivo impacto de las luchas vecinales. Esto no quiere decir que las ciudades actuales no tengan problemas. Bueno, al menos en los países de rentas altas y medias, las luchas ya no son por el cobijo y los servicios básicos; sin embargo, para muchos (demasiados) habitantes del

planeta disponer de las más básicas condiciones de habitabilidad continúa siendo una utopía, incluso en los países ricos (ver fig.3).

Viendo la tendencia de crecimiento de los tugurios, que según algunas instituciones alcanza a 2000 millones de personas, E. Evans (2007) concluía un artículo sobre la precariedad habitacional mundial con una advertencia estremecedora: “Forget about Utopia or even the dystopian Los Angeles depicted in Blade Runner. The future of the city is a vast Third World slum”.

#### Movimientos contraculturales: calidad de vida

En paralelo a los movimientos vecinales se desarrollaron los contraculturales. Reivindicaban los aspectos más cualitativos del Derecho a la ciudad; los relacionados con las dimensiones más subjetivas y espirituales de la vida. Estos grupos no surgieron en las barriadas periféricas sino de las universidades; jóvenes de clases medias y altas que, teniendo satisfechas sus necesidades de vivienda y servicios básicos, aspiraban a una vida distinta a la ofrecida por las grandes metrópolis. No fue un movimiento homogéneo, aunque acabó convertido en tendencia identificable, como apuntó Theodore Roszak en su premonitorio ensayo *El nacimiento de una contracultura* (1968).

Las críticas de estos grupos contra la cultura urbana imperante, en el más amplio sentido del término, fue virulenta y profunda. Veían en las metrópolis la materialización de un sistema político que, alejándose de los valores humanos, promovía la acumulación material y económica. En síntesis,

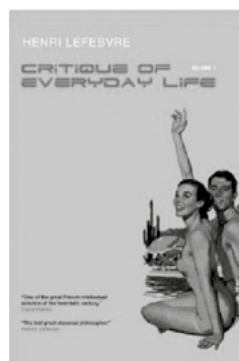


Figura 3. El Gallinero. Asentamiento informal a 13 km del centro de Madrid.

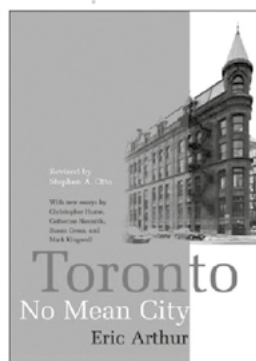
Fuente: Roberto Goycoolea-Prado, [Dominio público].

Figura 4. Cuatro de los ensayos más representativos de las críticas a la vida y la ciudad de la racionalidad moderna.

Fuente: Henri Lefebvre (1947), portada; Eric Arthur (1964), portada; Robert Venturi (1966), portada y Jane Jacobs (1972), portada.



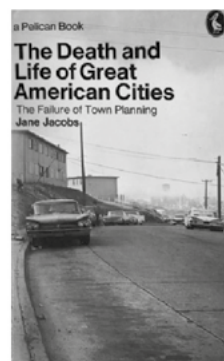
1947



1964



1966



1972

no estaban conformes con el *american way of life* que se expandía por el mundo.

Así, al racionalismo moderno, al desarrollismo económico, a la omnipresente ingeniería social fordista, los beatkins presentaron y llevaron a la práctica otras maneras de vivir, organizarse y trabajar. Abogaban, como resumiría Lipovetsky en *La era del vacío* (1983) por “el respeto a la singularidad subjetiva”, exaltando el hedonismo, “el respeto por las diferencias, el culto a la liberación personal, al relaja-

miento, al humor y a la sinceridad, al psicologismo, a la expresión libre” (prefacio). Estas críticas se teorizaron en una serie de ensayos que reivindicaban, sobre todo, el retorno a una relación más directa y personal con el vecindario, frente a la insustancial y carente de atractivos vitales vida metropolitana (ver fig. 4).

Aunque los movimientos anticulturales tuvieron una enorme repercusión mundial, especialmente entre los universitarios, no lograron su objetivo de

sustituir al capitalismo. Es más, ni siquiera supieron mantener sus comunidades de vida alternativa. Estos fracasos han forjado la idea de que su herencia se limita hoy a ser un estilo, una mera inspiración de la industria cultural —el hippie chick de Desigual (moda), de Boho (relojes), de la marca Ibiza (turismo), etc.— o la referencia para un número simbólico de seguidores reunidos en algo tan singular como la Rainbow Family of Living Light (Niman, 1997).

Sin embargo, se trata de una lectura superficial. Como suelen ocurrir con los movimientos sociales no siempre su influencia es inmediata ni tiene la claridad que las abstracciones teóricas pretenden. Si bien de manera indirecta, las propuestas de los beatkins y sus seguidores subyacen en muchos de los cambios sociales y urbanos más significativos de las últimas décadas del siglo XX. A saber:

- a. Sumado a las reivindicaciones vecinales, sus postulados han sido claves para la aceptación de una serie de conceptos de gran actualidad social y política, tales como la ecología, las críticas al consumismo, la reivindicación de la libertad de expresión y actuación, la aceptación de la diversidad cultural, etc.
- b. Las propuestas anticulturales llevaron a que se tomara consciencia de que la ciudad no puede (o no debería) construirse a espaldas de los ciudadanos, ni que tampoco es una máquina que puede gestionarse solo desde parámetros de eficiencia y rentabilidad —tal como hoy defienden los grupos “antisistema” o los más

integrados “partidos alternativos”: Podemos en España, Occupy Wall Street en Estados Unidos, Tsirisa en Grecia, etc.—.

- c. Mostraron que la sociedad puede pensarse y organizarse de otra manera. Y, con este fin, reivindicaron el papel de las relaciones vecinales y la cultura tradicional (local) como contrapunto a las imposiciones culturales de la globalización. Dos ideas, también, de gran vigencia.
- d. En la misma línea, mostraron también la importancia de la identidad en las configuraciones sociales. Tania Arce (2008), entre otros autores, ha recalcado que uno de los elementos distintivos de la contracultura ha sido la “búsqueda de la identidad” (p.258), reclamando a nivel individual lo mismo que se exigía a las ciudades.

Por su significado, cabe detenerse en la importancia que ha tenido el tomar conciencia del papel social e individual de la identidad. Un concepto que, pese a todas las ambigüedades que presenta, ha sido clave para el desarrollo de dos criterios de planificación urbana de algún modo presentes en la mayoría de las intervenciones posteriores. A saber:

- a. Por un lado, lograron que se haya dejado de considerar el patrimonio como (mero) monumento para integrarlo como parte sustancial de lo que une e integra a una sociedad, su herencia cultural compartida. Sin esta idea sería impensable entender la forma comprensiva en



que hoy se define —y defiende— al patrimonio cultural.

- b. Por otro lado, la búsqueda de la identidad fue una idea clave en el desarrollo de lo que Jean François Lyotard (1979) llamó la “condición posmoderna”. En el ámbito urbano se reflejó en la demonización de los presupuestos de los CIAM y la formulación de nuevas formas de organización espacial, basadas en las identidades locales y en la recuperación de los valores tradicionales (históricos, clásicos) del urbanismo y la arquitectura. Robert Venturi (1980) resumió esta teoría con un lenguaje cercano a los movimientos contraculturales:

Los arquitectos no pueden permitir que sean intimidados por el lenguaje puritano moral de la arquitectura moderna. Prefiero los elementos híbridos a los puros, los comprometidos a los limpios, los distorsionados a los rectos, los ambiguos a los articulados, los tergiversados que a la vez son impersonales a los aburridos que a la vez son interesantes, los convencionales a los diseñados, los integradores a los excluyentes, los redundantes a los sencillos, los irregulares y equívocos a los directos y claros. Defiendo la vitalidad confusa frente a la unidad transparente. Acepto la falta de lógica y proclamo la dualidad (p.25).

#### Fase 4. Renovación integral

La siguiente fase de esta particular historia de las renovaciones urbanas surge de una perspicaz iniciativa del poder político para encauzar las dos grandes reivindicaciones de la fase anterior: por un

lado, las demandas en favor de una mejor habitabilidad urbana de los movimientos vecinales; por otro, las peticiones de mayor calidad de vida de los movimientos contraculturales.

El instrumento que terminaría por definir esta estrategia sería la Renovación urbana integral. Una manera de entender la práctica urbanística auspiciada por la Unión Europea desde los primeros años de la década de los 90 y que, como se apuntó, intentaba mejorar tanto la habitabilidad como la calidad de vida de los lugares donde se interviniese.

Para lograr este objetivo, la Unión Europea desarrolló diversos programas de actuación y financiamiento: PPU (1990-1997), URBAN (1994-2006), URBANA (2007-2013). En conjunto, terminarían definiendo una práctica urbanística que, por los resultados obtenidos, sería fundamental para el modo en que se ha gestionado la ciudad en las últimas décadas, y no solo en el ámbito europeo.

Como instrumento urbanístico, sus características son conocidas al coincidir con las que suelen guiar las políticas urbanas actuales. De este, interesa destacar aquí las siguientes:

- a. La administración local como centro de las políticas urbanas, pero inscritas en estrategias nacionales o supranacionales que definen los objetivos a cumplir, los procedimientos de actuación, las formas de financiación, etcétera.
- b. Para asegurar el cumplimiento de estos objetivos, se crearon organismos y procedimientos específicos de seguimiento y verificación que

aún funcionan. Lo cual, ha sido muy útil para asegurar estándares mínimos, sobre todo en lo referido a habitabilidad.

- c. Asumiendo alguno de los principios básicos del neoliberalismo, se ha considerado que la labor del Estado, en el ámbito urbano y en sus distintos niveles de administración, debe limitarse a la planificación y control, dejando en manos de la iniciativa privada su ejecución. Lo cual, sin duda, ha permitido sacar adelante proyectos que no podrían haberse financiado solo con recursos públicos, pero también se han presentado costes significativos.
- d. Las actuaciones se han centrado en perímetros acotados de problemáticas homogéneas, sean barrios vulnerables o centros históricos. Esto ha facilitado la toma de decisiones al evitar las complejidades y contradicciones que supone considerar la ciudad como un todo; pero ha disociado la planificación urbana al dejar en manos de instancias superiores (gobierno regional, estatal o acuerdos plurinacionales) la definición de las infraestructuras de comunicación.
- e. La participación ciudadana se ha incorporado en los protocolos de toma de decisiones, lo que es un avance importante; sin embargo, en la práctica los resultados han sido muy desiguales: existen lugares donde los ciudadanos tienen capacidad de decidir el planeamiento (Oslo, Copenhague, Ámsterdam y pocas ciudades más), y otros donde la participación

suele limitarse a la ratificación de opciones predefinidas (Madrid, Atenas, Nápoles y muchas otras).

- f. Las actuaciones han ido acompañadas de campañas de sensibilización que han tenido un papel fundamental en el desarrollo de las respectivas políticas urbanas, tanto si se trataba de actuaciones en el ámbito barrial como en zonas patrimoniales. Se trata de una novedad interesante porque han mostrado que la valoración de ciudad y el fomento de las identidades locales tienen mucho que ver con los imaginarios sociales y, como tal, hay que tratarlas.
- g. Ahí donde estuviesen resueltas las carencias de habitabilidad y de equipamientos básicos, el énfasis de las políticas de renovación integrales se ha concentrado en mejorar la calidad de vida: fomento de los espacios y oportunidades culturales, lucha radical contra los distintos tipos de contaminaciones, aumento de los espacios peatonales y de relación, preocupación por la salvaguarda del patrimonio y la calidad del paisaje, etcétera.

La serie de características descritas es, de uno u otro modo, aplicable a todas las renovaciones urbanas integrales con independencia del tipo de barrio de que se trate.

Sin embargo, en lo referido a los centros históricos, aparecerá en esta época un nuevo factor de diseño que cada vez ha ido cobrando más importancia. Nos

referimos al turismo global o, si se prefiere, el turismo desarrollado en la época de la nueva globalización. Un turismo que, por diversas razones y manifestaciones, poco tiene que ver con las prácticas turísticas anteriores, por asentadas que estuviesen.

No es este el lugar para analizar las razones del exponencial crecimiento del turismo, pero sí para recalcar que se ha convertido en una de las industrias mundiales más potentes y en un factor decisivo de la gestión urbana y, en especial, para el manejo de los centros históricos. Su peso es tal, que resulta difícil encontrar una política territorial que no incorpore al turismo como elemento clave para su desarrollo y sostenibilidad, como lo muestra el hecho de que todas las ciudades, con independencia de su ubicación y tamaño, busca atraer a cualquier precio el maná turístico, mejorando las infraestructuras y equipamientos, potenciando los recursos y atracciones locales e, incluso, generando (inventando) todo tipo de nuevos reclamos turísticos.

No olvidemos que el turista actual no tiene un perfil unívoco. Al contrario, hoy no solo hay clientes para absorber las ofertas tradicionales sino también las más inusitadas, por disparatadas o inmorales que puedan parecer, tales como recorrer una zona de guerra (Siria), acompañar a la policía en una redada por las favelas (Brasil), alojarse en un tugurio (Sudáfrica), darse un masaje en un antiguo centro de tortura (Colonia dignidad, Chile).

Aunque se puedan discutir ciertos resultados, es indudable que el turismo ha contribuido a mejorar

la imagen y calidad de vida de los centros históricos. Y lo ha hecho porque, superando el conservacionismo, se ha impuesto una noción más amplia y abierta del patrimonio, aceptando que pueda albergar otras actividades que las originales con el fin de asegurar su sostenibilidad económica, como destinarlo a servicios turísticos (hoteles, restaurantes, centros de convenciones), a escenarios de rodajes o fiestas (por las que se cobra un canon) o a actividades de ocio. Así, los otrora deprimidos centros históricos, donde la mayor preocupación de las autoridades era evitar la ruina de los monumentos más representativos, se han convertido en las áreas de gran pujanza dentro de sus respectivas ciudades.

Ahora bien, aunque las luces de las renovaciones urbanas integrales son incontestables, tanto cuando fueron aplicadas a los barrios vulnerables como a las áreas patrimoniales, existen no pocas críticas a los resultados obtenidos:

- a. Se ha impuesto un tipo de actuación urbanística homogénea, altamente instrumentalizada, basada en normas y procedimientos controlados por quienes manejan los recursos. Esto ha asegurado una calidad media aceptable de los proyectos, aunque de resultados previsibles y con pocas alternativas de soluciones innovadoras. Prueba de ello es, dicen los críticos, que si no fuera por los edificios o monumentos emblemáticos sería muy difícil saber en qué ciudad se está, debido a turistificación o teatralización de los lugares en base a imaginarios turísticos comunes (ver fig. 5)



Figura 5. ¿Dónde estamos? Mare Nostrum, Barcelona.

Fuente: Roberto Goycoolea-Prado, [Dominio público].

- b. La participación ciudadana a menudo se ha limitado a un papel consultivo o de elección entre opciones cerradas. De otro modo, dicen los críticos, ningún vecino habría aprobado unas reformas urbanísticas si hubieran sabido que llevarían a su expulsión del área patrimonial, debido al aumento de los precios y a los cambios de uso del suelo y las viviendas.
- c. Con independencia de los discursos políticos y algunas excepciones, las políticas de renovación integral —especialmente en los centros históricos— han seguido una lógica eminentemente economicista. Los datos muestran que las inyecciones de capital privado han traído transformaciones sociales de calado: aumento del precio del suelo y viviendas, promoviendo la gentrificación, cambios de actividades y modos de vida, imposición de criterios de diseño y uso, etc. Las voces críticas señalan que tras las pancartas de las mejoras urbanas

se esconden procesos de especulación en los que los actores privados han sido los principales beneficiarios (Castrillo, 2015). Ante ello, políticos y empresarios suelen recordar que muchas ciudades sobreviven gracias al turismo, por lo que hay potenciarlo dando al viajero lo que demanda o espera encontrar. De este modo, el patrimonio y la cultura local tienden a valorarse como recursos económicos, por sobre cualquier otra consideración.

- d. La estrategia de actuar sobre áreas urbanas homogéneas, propia de las renovaciones integrales, ha permitido optimizar los esfuerzos técnicos y recursos, pero ha llevado a la disociación de los centros históricos con el resto de la ciudad, que ya no se aborda como totalidad, y deja el diseño de las infraestructuras como asunto independiente.

## Parte 2. Situación actual y perspectivas de la renovación urbana

El objetivo de esta segunda parte del documento es caracterizar la situación actual de las políticas de renovación y urbana para intentar entender qué tienen de original y, desde ahí, conseguir dilucidar los desafíos a los que se enfrentan.

Diversos son los fenómenos que están configurando la sociedad actual o Sociedad de la Información como tiende a llamársela. Sin entrar a definir sus elementos por ser de dominio público hay, sin embargo, cuatro factores que sobresalen por su impacto en la configuración del espacio habitable:



- a. La consolidación de la economía de mercado como modelo hegemónico, apoyada con pocos matices por un amplio espectro de partidos políticos.
- b. La generalización de las TIC y sus múltiples efectos en todo orden de cosas, incluyendo la configuración de una nueva estructura de pensamiento.
- c. La insuficiencia energética y el cambio climático como problema estructural.
- d. El aumento de las desigualdades sociales y espaciales y las tensiones que generan o pueden generar

En el contexto urbano, como en tantos otros ámbitos de la vida, el impacto de estos factores se está traduciendo en una transformación tan profunda en los modos de entender, configurar y gestionar la ciudad que permiten hablar del inicio de una nueva etapa en la historia de la renovación urbana. Es más, algunos consideramos que la magnitud de las transformaciones es tal, que se trata de una nueva etapa en la historia de los asentamientos humanos, donde el concepto de ciudad, tal como hasta ahora se ha entendido, deberá ser revisado (Goycoolea, 2007). Se trata, eso sí, de un escenario social y urbano complejo, dinámico y en constante reconfiguración, donde cualquier predicción es arriesgada.

Teniendo esto en cuenta, entendemos que es posible distinguir tres escenarios que hablan del advenimiento de esta nueva fase en la historia de la ciudad y, con ello, en la historia de la renovación

de los centros históricos. De manera resumida, la situación es la siguiente:

#### a. Nuevas funciones de lo urbano

Las ciudades se están enfrentando a una serie de funciones hasta ahora desconocidas o incipientes. El alcance y profundidad del cambio es algo que el tiempo valorará, pero es más que probable que las metrópolis de las próximas décadas poco se parezcan a las actuales, sobre todo a lo que a los modos de vida se refiere. Como se verá a continuación, se trata de cuatro cambios funcionales de calado y que afectan a todos los ámbitos de lo urbano:

- *Cambio de la función política.* Tanto a nivel de representación como de servicios, la ciudad y, en especial, los centros históricos, están dejando de ser el lugar de la acción política. La centralidad espacial ya no es un factor del quehacer político, al que solo le interesa el universo cibernético. Desde hace ya un tiempo, los nuevos edificios del poder no se están construyendo en el centro de la ciudad, en la plaza, como ha sido tradicional, sino en los suburbios o barrios sin significación histórica.

Lo mismo ocurre con las sedes de las grandes corporaciones bancarias y empresariales, ubicadas en idílicos emplazamientos periféricos —en Madrid, el Palacio de Gobierno está en la periferia, la Ciudad de la Justicia se construirá contigua al aeropuerto y las sedes del Banco Santander y Telefónica se han mudado del

centro al extrarradio más alejado—. Si aún hay acciones políticas en la plaza, en las grandes avenidas, no se hacen para conquistar la ciudad sino para dominar/salir en los medios, en las redes, verdaderos centros de la lucha política. Con esto, la ciudad ha perdido uno de sus principales papeles históricos, convirtiendo los antiguos centros del poder en contenedores culturales o centros comerciales (Goycoolea, 2007).

- *Cambio de la función laboral.* Las nuevas formas de producción y distribución están configurando un inédito escenario laboral y, con ello, transformando la forma y uso del espacio urbano. Hasta hace poco las ciudades eran, en gran medida, un entramado de empresas y talleres dedicado a producir o reparar cosas que hoy fabrican robots en el extranjero y que no se reparan. La ciudad ya no necesita de estos empleos ni de sus lugares de trabajo. El cambio no solo está afectando a los empleados no cualificados, como afirma Ortega (2014), “la automatización y la robotización están vaciando [también] a los de en medio, lo que socava la estructura social y la democracia” (p.1). Como contrapartida, las nuevas tecnologías están creando y demandando nuevos empleos con perfiles profesionales inéditos.

Más allá de las enormes consecuencias sociales del fenómeno, a nivel urbano el fenómeno se está reflejando en varios efectos significativos: (a) el abandonado, por innecesarios o inadecuados, de muchos de edificios y espacios

productivos que había en las ciudades; (b) una disminución de la población por la emigración de los desempleados y (c) una drástica caída en el poder adquisitivo de quienes se quedan. Detroit es un ejemplo paradigmático, y a tener en cuenta, de esta situación.

En las últimas décadas ha pasado de 2 millones a 700 mil habitantes por la externalización de su industria. Hoy, en la otrora rica ciudad industrial, convive el abandono y miseria de las antiguas zonas industriales y sus obreros, que tienen en el retorno a la agricultura (urbana) una vía de sobrevivencia, con la opulencia de las empresas y servicios digitales. La situación es estremecedora, comentaba Peter Moskowitz (2015): “The downtown core is thriving, while just blocks away the rest of the city sinks further into ruin. Is a tiny pocket of wealth enough to fuel an entire city’s future?” (p. 2).

- *Cambio de la función comercial.* Tal y como afirma Navarro (2017) “el auge de Internet en todo el mundo ha patrocinado el crecimiento exponencial de las compras online por parte de toda la población a nivel mundial. Más del 25% de los ciudadanos de todo el mundo ya han realizado alguna compra a través de la red y cada año que pasa las cifras aumentan progresivamente” (p. 2). A nivel urbano, el auge del comercio electrónico es otro factor que juega en contra de su tradicional función comercial: primero fueron las tiendas departamentales y

supermercados, luego los centros comerciales y ahora el e-commerce.

El efecto es visible: en muchos centros urbanos es cada vez más difícil encontrar un comercio tradicional o de proximidad, una tienda que atienda al consumo diario de los habitantes porque las compras especializadas o “no cotidianas” se están haciendo por otros canales de distribución. Pero hay más. Amazon está construyendo en el centro de Madrid un enorme complejo de distribución que le permitirá entregar los pedidos de lo que sea (su catálogo incluye más de 157 millones de productos) en menos de dos horas, incluyendo el pan y los alimentos frescos. La apuesta es fuerte y van por todo el mercado. La multinacional de la distribución no se ha unido al Corte Inglés u otro centro gourmet para su nueva estrategia comercial sino a DIA, una de las cadenas de supermercados más baratas y de mayor implantación en los barrios populares (Rodríguez, 2016).

- *Cambio en su función social.* El espacio urbano ha sido, desde siempre, el escenario por excelencia de los más variados intercambios y relaciones sociales. Para ser alguien, para conocer, comunicarte y ligar, había que compartir tiempo y espacio en lugares públicos o semipúblicos: la escuela, el bar, el estadio, la calle, la plaza. Hoy, en cambio, quienes deambulan por la ciudad con smartphones conectados a Internet —muchos adultos y la totalidad (94%) de los jóvenes españoles según estadísticas recientes

(INE, 2016)— están físicamente en el espacio público, pero mentalmente habitan los más diversos territorios. Y lo mismo está ocurriendo en el restaurante, el autobús o la vivienda.

El verdadero sitio de relación no es el lugar donde se está pisando, sino el ciberespacio. Basta recorrer cualquier ciudad, por hermosa y animada que sea, para constatar que la gente está, pero no está, para ver que lo importante no es la relación sino la interconexión. Las preguntas que surgen son de calado: ¿Cabe seguir llamando “espacio público” a un lugar donde las actividades y relaciones son privadas y virtuales? ¿Dónde está realmente quien estando en la plaza, en el parque o en el restaurante, no deja de interactuar con su prótesis digital? (Goycoolea, 2016).

- *Cambio en su función simbólica e identitaria.* La ciudad ha sido un punto clave en la construcción de las identidades personales y colectivas. En 1964, Eric Arthur<sup>4</sup> escribió *Toronto No Mean City*. En el libro advertía que la falta de significado de las ciudades modernas estaba generando una ciudadanía insensible al lugar donde vivía. Y, al no haber arraigo, las ciudades y los ciudadanos se estaban convirtiendo en entes intercambiables. Nuevamente, la situación actual es distinta. Hoy, las identidades ya no surgen de nuestra relación con el espacio urbano, ni siquiera con el espacio que habitamos.

<sup>4</sup> Profesor de la Universidad de Toronto. No confundirlo con Eric Arthur Blair, más conocido por su pseudónimo: George Orwell.

Espacio físico y espacio cultural se han convertido, con las nuevas tecnologías, en espacios independientes. La interconexión cibernética le permite a cualquiera configurar una identidad desterritorializada. La tarea unificadora y configuradora de las identidades colectivas que la Ilustración asignó a la política, la enseñanza y la cultura, es papel mojado en un mundo en el que desde cada computador o smartphone se puede elegir libremente la escuela, la religión y las alternativas de ocio.

Pero hay más, porque el cambio no se está limitando al ámbito de lo subjetivo, afectando también a la morfología urbana. Sintomáticamente y a un ritmo trepidante, las fachadas de los centros históricos —incluso las fachadas de edificios emblemáticos que daban identidad al espacio público— están siendo “sustituidas” por pantallas que crean oníricos espacios virtuales. La pregunta que surge es de calado: ¿Qué relación vital se puede establecer con un espacio de este tipo? ¿Qué se puede añorar del mismo?

#### b. Nuevos requerimientos y/o desafíos

- Las nuevas funciones de lo urbano, comentadas en el apartado anterior, se están traduciendo en la práctica en una serie de nuevos requerimientos o, si se prefiere, de nuevos desafíos, a los que las ciudades deben responder. El caso de Detroit muestra que hay que tomarse muy en serio estos desafíos, aunque no quiero decir con esto que todas las ciudades que no reaccionen entrarán,

necesariamente, en un proceso de degradación generalizado. Ahora bien, con independencia de la opción urbanística que se asuma, hay algunos puntos que los gestores urbanos no podrán dejar de considerar en el futuro lejano o, incluso, desde ahora:

- *Omnipresencia turística.* Hasta hace unos lustros la presencia de turistas era considerada un bien a cuidar por los vecinos. Eran vistos como personas que venían a conocer “nuestro” patrimonio, dinamizaban el comercio y traían aires frescos a las relaciones sociales locales. Hoy, sin embargo, en los lugares turísticamente más exitosos se vive un creciente aumento de los conflictos entre turistas y vecinos. En Florencia, Lisboa o Venecia son habituales las pintadas realizadas por colectivos organizados de vecinos que reclaman sin amedrentarse: *Tourists go home*. Razones no les faltan porque los visitantes los están expulsando de sus barrios, literalmente. Se trata de un desafío urbano inédito y muy difícil de manejar, como bien muestran las dificultades que están teniendo los ayuntamientos de Venecia y Barcelona para lograrlo.

Ante las hordas de turistas que amenazan con invadir un año más la ciudad de los canales con la llegada del buen tiempo, el ayuntamiento veneciano ha abierto un “corredor humanitario”, una ruta sin turistas, para que los residentes puedan desplazarse a sus actividades y tomar el vaporetto sin esperas interminables (Monzón, 2016). Como comentaba Benvenuty (2016), “el go-



bierno que dirige la alcaldesa Ada Colau acaba de prorrogar otro año la moratoria turística de Barcelona, la suspensión que impide la apertura de nuevos alojamientos turísticos en la ciudad” (p.3), necesita tiempo para terminar de definir unos criterios para la expedición de licencias turísticas que no aumenten el malestar de los vecinos.

- *Demanda de experiencias.* Es un desafío, sin duda, sui generis, pero real. Las ciudades se están convirtiendo en el punto neurálgico de una sociedad que tiene en el espectáculo y lo espectacular una de sus principales aspiraciones.

El fenómeno fue descrito hace un tiempo, pero aún no se había manifestado como un desafío urbano general. Ya no basta con rehabilitar los monumentos y el espacio público para el disfrute de sus usuarios, ahora es necesario gestionarla y ofertarla desde la perspectiva de las experiencias. La cosa va en serio. Aladinia es un portal que vende “experiencias inolvidables”, ordenadas por rubros y precios, por toda Europa; el Madrid Experience Tour ofrece vivencias auténticas con muchas sorpresas, incluyendo muchas opciones de compras en tiendas singulares; el ayuntamiento de Buenos Aires ofrece en San Telmo 14 experiencias diferentes; en fin, hasta el Ministerio de Fomento ofrece en Madrid visitas teatralizadas a sus instalaciones.

No cabe duda que es muy difícil que este modo de actuar no conduzca a una banalización del

espacio urbano y del patrimonio, porque en la búsqueda de experiencias es fácil caer en la tentación de desvirtuar la historia y cultura local si con ello se aumenta consumo turístico.

En Toledo, por ejemplo, han tomado buena nota del interés que existe por lo medieval, los enigmas y las conspiraciones, y han comenzado a proliferar las tiendas y rutas de los templarios. Tanto ha sido el éxito que el ayuntamiento ha montado una exposición permanente: Templarios y otras órdenes militares en el Monasterio de San Clemente, cuando es bien sabido que la presencia de la Orden del Temple en Toledo fue circunstancial, limitándose a la propiedad de una antigua mezquita utilizada como hospedería y conocida hoy como Casa del Temple.

- *Cambio climático y crisis energética.* Otro desafío para cualquier futura intervención urbana, y mucho menos lúdico que el anterior, es el de la sostenibilidad, en el sentido amplio del término y por motivos bien conocidos. En España al menos, las autoridades parecen estar reaccionando, considerando la sostenibilidad como eje de actuación.

Sin embargo, el énfasis está llegando al punto de distorsionar los objetivos, como muestra el hecho de que en algunas Comunidades autónomas (Andalucía, Cataluña) las Áreas de rehabilitación energética han sustituido a las Áreas de renovación integral. No es un cambio banal, porque las palabras nunca son inocentes. Hablar

de rehabilitación energética no es lo mismo que hacer rehabilitación integral, por más que un uso más eficiente de la energía pueda contribuir a mejorar la calidad de vida.

Por eso autores como A. Castrillo (2015) consideran que, si bien la rehabilitación energética responde a una demanda social y científica real, este cambio de enfoque apunta más a la aparición de nuevos nichos de mercado que a un intento de, por ejemplo, disminuir la creciente pobreza energética del país. Como sea, el desafío de la sostenibilidad está ahí y no se resolverá con medidas puntuales ni al margen de sus consideraciones sociales.

- *Envejecimiento de la población.* La actual es la primera generación en la historia donde la mayoría de los hijos heredarán el patrimonio paterno cuando estén jubilados o cerca de hacerlo. Aunque se vea como una anécdota, es un reflejo en el ámbito familiar de todo lo que está suponiendo el progresivo aumento de la esperanza de vida, que hoy alcanza cifras impensables hace unos años: promedios cercanos o superiores a los 80 años en Europa.

Si al envejecimiento se suman los saldos vegetativos negativos o cercanos al equilibrio, como nuevamente ocurre en el entorno europeo, el desafío social es inédito. Por sobre las cuestiones económicas del fenómeno (¿quién pagará nuestras pensiones?), una sociedad envejecida obliga a una renovación profunda de sus espacios privados y colectivos, de sus sistemas de trans-

portes, de sus equipamientos y opciones de ocio, para poder atender a las muy diversas demandas de accesibilidad que esta situación comporta.

- *Inmigrantes.* Por más que gobiernos reaccionarios estén tomando toda clase de medidas contra los inmigrantes, bien visto, no deja de ser una traba circunstancial a un fenómeno que ningún muro o disposición legal controlará, y un acto de cinismo porque los inmigrantes siempre han generado mayores cotas de riqueza y bienestar para todos. España no sería lo que hoy es sin los 6 millones de inmigrantes acogidos en las últimas décadas (Moreno y Bruquetas, 2011). Hay más, los últimos informes de la Comisión Europea recalcan que Europa necesitará sumar 50 millones de inmigrantes hasta el 2050, si quiere mantener sus crecimientos y su sistema de seguridad social.

Ahora bien, por muchos beneficios que los nuevos residentes traigan, lograr ciudades inclusivas es uno de los mayores desafíos urbanos actuales y futuros y no solo en los países ricos, pues muchos países emergentes también están experimentando aumentos significativos en el número de inmigrantes que reciben.

El reto es enorme porque lograr la inclusión es una tarea que, en muchos casos, requiere cambiar sustancialmente el enfoque de las políticas sociales, habitacionales y urbanas.

- *Aumento de las desigualdades.* Pese a la magnitud de los desafíos apuntados, el mayor reto al que se enfrentan las ciudades es el aumento de las

desigualdades económicas y su correlato, la inequidad social.

El fenómeno nos concierne a todos. Tal y como afirma Estefanía (2017) “las personas nacidas en la década de los ochenta [los millennials] son la primera generación desde la posguerra que llega a los 30 años con ingresos menores a los nacidos en la década anterior” (p.56) y sus perspectivas no son halagüeñas, confirmando las tesis de Thomas Piketty (2015) sobre las dramáticas consecuencias que tiene la acumulación del capital en muy pocas, poquísimas, manos.

El problema es tan grave que, incluso, organismos tan defensores del libre mercado como el FMI y la OCDE consideran “que la desigualdad excesiva no solo supone un riesgo para la convivencia sino que es también un problema macroeconómico” y alertan que hay que tomar medidas para revertirla (Mars, 2015, p. 2).

En términos urbanos las desigualdades se están manifestando de muchas maneras pero, sobre todo, en una creciente fragmentación espacial y económica. En muchas ciudades basta saber dónde se vive para conocer el nivel de ingresos, el tipo de estudios y trabajos y los equipamientos de los que se dispone. La brecha entre las esperanzas de vida dentro los barrios de las mismas ciudades plasman estas diferencias de oportunidades.

En Madrid, la divergencia es de 78 y 84,5 años entre los barrios ricos y los pobres, lo que, por

cierto, pone en duda la supuesta redistribución que pregona la Seguridad Social (Díaz y Benítez, 2014). Y de más está decir que esta brecha es mucho más amplia ahí donde el Estado de bienestar está menos implantado que en Europa, o directamente no existe.

Ante este y otros datos que ponen cara a la desigualdad, resulta sorprendente la poca atención que se le está prestando al tema en las últimas renovaciones urbanas, pues son muy pocas las que tienen como objetivo primordial disminuir las desigualdades redistribuyendo, por ejemplo, equipamientos y servicios. UN-Hábitat (2016) lo afirma con claridad: “Mientras no cambie el modelo de producción urbana tardaremos en llegar a ciudades sin desigualdades” (p.1).

Las causas de esta situación son múltiples, pero entiendo que hay dos a destacar desde la perspectiva que nos ocupa. Por un lado, las desigualdades no se han reflejado en un aumento significativo de los conflictos sociales, por tanto, ¿para qué cambiar las cosas? lo que, por cierto, no deja de ser una postura bastante cortoplacista. Por otro, las intervenciones urbanas no han puesto como prioridad las carencias sociales, como es el caso del urbanismo «verde», uno de los discursos alternativos con mayor aceptación en Europa: las intervenciones dirigidas exclusivamente al aumento del verde urbano han llevado a generar a largo plazo una mayor vulnerabilidad entre los colectivos y barrios desfavorecidos (ICTA-UAB, 2016).

Por ello, agregan algunos urbanistas (OlotMésB, 2016),

Hay que dar cuanto antes un golpe de timón y girar 180° las políticas urbanísticas, reconduciéndolas hacia escenarios donde la lucha contra la desigualdad sea un elemento central. Para ello es imprescindible comprender que la desigualdad y vulnerabilidad urbanas son un problema multiescalar y multidimensional. Por una parte, atañen tanto a variables estructurales-globales que trascienden la escala de ciudad (paro, cambio climático, fenómenos migratorios y demográficos, etc.), como a causas particulares de la configuración socio-urbana de los barrios (p. 2).

### c. Nuevas condiciones de gestión

La lista de funciones y desafíos expuesta en los apartados anteriores, deberán atenderse desde una nueva serie de condiciones de gestión, que son también y en muchos sentidos inéditas. Otra dificultad añadida a la ya difícil tarea que se le viene encima a los gestores urbanos. A saber:

- *Acuerdos internacionales.* Aunque muchos quisiéramos que los grandes acuerdos internacionales tuviesen una manifestación más clara en la vida cotidiana es indudable que su influencia es creciente en la definición de las políticas nacionales y locales.

De este modo, acuerdos como los del Cambio Climático, Objetivos de Desarrollo Sostenible, la inclusión del enfoque de Derechos en las políticas sociales, y similares, están configuran-

do un marco de actuación que, de uno u otro modo, se alza como una nueva condición de las políticas de renovación urbana.

- *Participación ciudadana.* Lograr que los ciudadanos se involucren en la toma de decisiones es otra condición inaplazable de las futuras políticas de renovación urbana porque es la única manera de revertir la creciente desafección política que está alcanzando cotas de pandemia (¿dónde se confía hoy en los políticos?). No es un capricho: sin participación, ningún sistema democrático, ninguna ciudad, puede sobrevivir a largo plazo. Pero no toda participación vale. Carlos Jiménez (2007) critica duramente la tendencia política actual que tiende a encorsetar la participación dentro de “sus estructuras”, estableciendo burocratizados protocolos de actuación.

La participación, agrega Jiménez, es una construcción colectiva, un “nosotros”, que ha de integrar a todos los actores involucrados (políticos, técnicos, empresarios, ciudadanos...) en un diálogo y toma de decisión abiertos; abierto incluso a la definición de los propios sistemas de participación.

- *Interconexión.* La localización geográfica fue hasta ahora un criterio fundamental en cualquier decisión social y espacial. Las tornas han cambiado. La generalización de las TIC está obligando a gestionar la ciudad desde otra lógica: la de la interconexión.

Por bien localizada que esté una ciudad, por paradisiaco que sea un pueblo, no atraerá personas, inversiones, ni turistas sino no está interconectada. De ahí que no puede concebirse hoy un plan de renovación urbana que no considere la interconexión, entendida en sentido amplio, como condición básica de intervención.

- *Economía*. Simplificando, las próximas políticas urbanas estarán condicionadas por dos sistemas económicos distintos pero destinados a coexistir, al menos por un tiempo.

Por un lado, salvo que ocurra algo imprevisible, el neoliberalismo continuará siendo un elemento clave de las políticas urbanísticas. La legislación española lo deja claro: “se considerarán prioritarias aquellas operaciones en las que la intervención de capital privado garantice la viabilidad económica de las mismas” (Castrillo, 2015, minuto 16:50).

Es indudable que esta política ha permitido realizar y hacer sostenibles intervenciones que han supuesto un impulso importante al desarrollo local; pero es algo que no puede darse por sentado, como muestran, por ejemplo, los diferentes conflictos derivados en Latinoamérica por la privatización de los servicios públicos. El desafío para los gestores urbanos es, por tanto, desarrollar instrumentos de planificación y gestión que aseguren que la inversión privada revierta en una mejora de los servicios y calidad de vida de la mayoría de la población.

El otro factor es la economía solidaria, un sistema que lejos está de tener una definición unívoca, ni incluso un nombre consensuado, al conocerse también de economía social, participativa, colaborativa, etc. Según la *Carta de la Economía Solidaria* (2011), se trata de “un enfoque de la actividad económica que tiene en cuenta a las personas, el medio ambiente y el desarrollo sostenible y sustentable, como referencia prioritaria, por encima de otros intereses” (prefacio).

En este sentido, los portales que hacen de intermediarios entre particulares, como Uber o Airbnb, no serían empresas colaborativas. Pero sí lo serían agrupaciones, asociaciones, cooperativas u otras formas de agrupación que se rigen por una ética social en su organización, toma de decisiones y reparto de beneficios. Se trata de un sector económico en franco crecimiento<sup>5</sup> que, como tal, se ha transformado en un criterio que inevitablemente se habrá de considerar en cualquier política urbana futura.

- *Nuevas tecnologías*. Las TIC constituyen un caso singular dentro de los aspectos que condicionarán la planificación urbanística, tanto en lo que se refiere a demandas de diseño como a los instrumentos para abordarlos. No hay acuerdo entre los urbanistas sobre cuál será la participación de las TIC en el urbanismo. Algunos consideran que permitirá mejorar usos asentados,

<sup>5</sup> El portal REAS (Red de Redes de Economía Alternativa y Solidaria) permite constatar su auge y proyección.



mientras otros dan por sentado el advenimiento de otro tipo de ciudad: la smart city.

Sin entrar en una discusión que parece infinita, lo cierto es que, hoy por hoy, no existe una definición unívoca de ciudad inteligente, ni tampoco de sus objetivos —que van de la sostenibilidad a la eficiencia, de la productividad a la equidad y, a menudo, amalgamados—, pero, en todas ellas, las TIC aparecen como el instrumento para lograrlos.

En este contexto, las mayores novedades que están introduciendo las TIC en la gestión urbana tienen que ver con el empleo de los big-data, al permitir por primera vez en la historia tanto el análisis instantáneo y global de los fenómenos urbanos como la actuación en tiempo real para abordarlos. Para algunos, este conocimiento y capacidad de acción global augura el advenimiento de una ciudad y sociedad más sostenible y justa; otros advierten sobre las tendencias autoritarias a las que puede llevar el conocimiento exhaustivo de los fenómenos y comportamientos urbanos.

Por último, hay quienes consideran que todo es mera publicidad destinada a mantener los privilegios actuales. Pero, sea cual sea la valoración que se tenga, nadie puede seguir pensando lo urbano sin atender y responder a las condiciones que las nuevas tecnologías están estableciendo (Fernández, 2016).

De las diversas conclusiones que se pueden derivar de lo aquí expuesto, me detendré en las que expli-



Figura 6. Convocatoria a la conferencia “Urbanismo y participación ciudadana”, organizada por Entre Mundos.

Fuente: Carlos Cámara Menoyo.

carían el subtítulo del texto —De la certeza a las incertidumbres—, por su carácter inclusivo y porque resultan suficientes para advertir que nos enfrentamos a un fenómeno urbano (y social) inédito.

La historia de las renovaciones urbanas y, sobre todo, la caracterización de la situación actual, muestra que las demandas y aspiraciones a las que se ha debido responder han ido aumentando en número y complejidad. Cuando las demandas son específicas, las formas para dotarlas también lo son. Por grandes que sean las obras de saneamiento a emprender, por monumental que sea el patrimonio a conservar o el déficit de viviendas a resolver, los urbanistas tenían bastante certeza de cuál era el camino seguir, de cuánto costaría y de qué impactos tendría la intervención.

El advenimiento de la Sociedad de la Información está transformando, de manera mucho más radical de lo que a veces se considera, las formas asentadas de entender, configurar y hacer uso del espacio habitable, en todas sus escalas. No es un futurible. El cambio es evidente en las nuevas funciones de lo urbano, en la aparición de inéditos requerimiento y aspiraciones, así como en la aparición de nuevos condicionantes —de variada naturaleza— de diseño y gestión. Todo ello conforma un panorama original lleno de oportunidades, para unos, y de amenazas, para otros, si bien, para todos, lleno de incertidumbres.

Tal como lo veo, es un panorama que puede compararse con el de la segunda mitad del siglo XVIII, cuando el pensamiento ilustrado y una incipiente revolución industrial comenzaron a transformar las formas de producción y la organización social. En poco tiempo, aunque no tan rápido como ahora, se empezó a hablar de la necesidad de reformar las estructuras del antiguo régimen, aunque nadie tenía realmente claro cómo hacerlo. Solo la emergencia de las tres grandes revoluciones de la época —la norteamericana, la francesa y la industrial— terminarían por configurar el nuevo orden social que correspondía a su época. El cambio fue enorme. Sea cual sea la estructura decimonónica que se mire (parlamento, ciudad, universidad, industria, familia), en poco o nada se parecen a sus precedentes.

Lo mismo ocurre hoy. Ante los fenómenos que no dejan de emerger y transformarnos, tenemos más dudas que certezas. Y, según lo entiendo, existen

tres grandes preguntas que cualquier proceso de renovación urbana debería considerar para poder responder a la inédita Sociedad de la Información que se está configurando:

- a. Por un lado, aparece un cuestionamiento instrumental: ¿tenemos los medios necesarios —en sentido más amplio del término: desde recursos humanos a los medios técnicos y económicos políticos— para poder responder con garantías de éxito a estos nuevos desafíos?
- b. Por otro lado, aparece un cuestionamiento de carácter ético y de enorme trascendencia política: ¿cómo podemos asegurar que la ciudad que se está configurando será inclusiva, equitativa, atractiva y sostenible?
- c. Por último y en una suerte de combinación de las dos cuestiones anteriores: ¿qué agente social es hoy capaz de promover un programa que, oponiéndose al discurso dominante, permita una renovación urbana orientada a la disminución de las desigualdades?

Analizando lo que está pasando, resulta difícil aventurar una respuesta clara a estas preguntas. Sin embargo, apoyándonos en A. Castrillo (2015), entendemos que es posible plantear una política de actuación basándose en varias cuestiones relacionadas:

- a. Hay que delinear estrategias que permitan recuperar una visión global de la ciudad. Hay que verla, de acuerdo con Sanz (2016), como un “sistema holístico complejo, que no significa otra cosa que los problemas de las

ciudades —que afectan a muchos sectores— deben abordarse desde una perspectiva interdisciplinar (urbana, económica, social, medio ambiental)” ( p.2). Lo cual requiere, necesariamente, pensar en nuevos instrumentos de gestión, participación y organización administrativa. Esto es clave porque, tal y como hoy se practica el planeamiento urbanístico, este se está viendo reducido a una cuestión de abogados e interpretación judicial.

- b. Hay que plantear estrategias destinadas a conquistar el poder político por sobre la conquista de los espacios específicos de participación ciudadana (asociaciones de vecinos, sindicatos, delegaciones de estudiantes, etc.). Hay que ganarlo para poder modificar los marcos legislativos que aseguran la permanencia del actual status quo. Se trata de lograr “mandar” para: (i) modificar las prioridades para que lo urbano no siga en posición subsidiaria frente al capital financiero; (ii) modificar el marco legislativo porque la gestión de lo urbano no puede seguir sostenido en la obtención de plusvalías o, en el caso de las ciudades turísticas, pensando más en el extranjero que en el vecino; iii) modificar los reglamentos y comportamientos liberales que apoyan modelos globales que destruyen las identidades y culturas locales, y (iv) modificar el vocabulario político —lleno de palabras propias de la economía, así como de eufemismos y cinismos y, últimamente, repleto de postver-

dades, como ahora llaman a las mentiras, a la manipulación— para establecer un lenguaje, una estructura de pensamiento, que priorice las demandas y aspiraciones de la ciudadanía.

- c. La consecución de estos objetivos requiere de una ciudadanía que sea corresponsable de sus acciones y del futuro común; pero se requiere también de políticos y técnicos que sean capaces de traducir a términos técnicos y legales las demandas y aspiraciones de la ciudadanía. Entiendo que estas habilidades no sobran en los gestores urbanos, por lo que será necesario reformar los contenidos y objetivos de la educación, en general, y de la formación profesional, en particular. La educación, en sus distintos niveles, sigue empeñada en el sostenimiento de una manera de pensar y actuar que hace aguas por todos lados. No solo se trata de los conocimientos que se imparten sino, sobre todo, de la formación dada.

No hay que esconderlo. La tarea es compleja y llena de incertidumbres más que de certezas. Sin embargo, aunque no tengamos claras las estrategias a seguir, cabe asegurar, concordando con A. Finkelkraut (1998), que es un desafío que a todos nos incumbe. En definitiva, dependerá de nosotros —de un “nosotros” amplio y comprensivo— que la ciudad que se está gestando termine como un gran bazar de las multinacionales o acabe, al menos, como un lugar más justo y habitable.

- Arce, T. (noviembre, 2008). Subcultura, contracultura, tribus urbanas y culturas juveniles: ¿homogenización o diferenciación? *Revista Argentina de Sociología*, 6(11), 257-271.
- Benvenuty, L. (16 de marzo de 2016). Colau prorroga otro año la moratoria turística. *La vanguardia*. Edición digital. Recuperado de <https://www.lavanguardia.com/local/barcelona/20160316/40455802874/colau-moratoria-hoteleria.html>
- Castells, M. (1974). Movimientos sociales urbanos (2ª ed. aumentada). Barcelona: Siglo XXI.
- Castrillo, Á. (octubre, 2015). Rehabilitación urbana y desigualdad social. *Seminario de Investigación: Recuperando la ciudad*. Video de la ponencia. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=xTnt0RXxNI0&spfreload=1>
- Coulanges, F. de (2009). *La cité antique: étude sur le culte, le droit, les institutions de la Grèce et de Rome* (Edición facsímil de la publicación original de 1864). Reino Unido: Cambridge University Press.
- Díaz, J. M. y Benítez, T. (eds.). (2015). *Estudio de Salud de la Ciudad de Madrid 2014*. Madrid: Madrid Salud, Ayuntamiento de Madrid.
- Eaves, E. (noviembre, 2007). Two Billion Slum Dwellers. *Revista Forbes*. Edición digital. Recuperado de [https://www.forbes.com/2007/06/11/third-world-slums-bizcx\\_21cities\\_ee\\_0611slums.html](https://www.forbes.com/2007/06/11/third-world-slums-bizcx_21cities_ee_0611slums.html)
- Estefanía, J. (2017). *Abuelo, ¿cómo habéis consentido esto?* Madrid: Planeta.
- Fernández, M. (2016). *Descifrar las smart cities. ¿Qué queremos decir cuando hablamos de smart cities?* España: Megustaescribir.
- Finkelkraut, A. (21 de marzo de 1998). Sustituimos transmisión del saber por comunicación interminable. *Babelia, El País*, p.5.
- Goycoolea, R. (2007). Insostenibilidad del hacer político y el espacio público tradicional en la sociedad de la información. *Boletín de la Real Sociedad Geográfica de Madrid*, 98, 161-184.
- Goycoolea, R. (agosto, 2016). Crónicas urbanas 2: ¿Espacio público? *Imaginación y barbarie*. Recuperado de <https://imaginariosyrepresentaciones.com/imaginacionobarbarie/imaginacion-o-barbarie-n10/>
- Harvey, D. (1977). *Urbanismo y desigualdad social* (1ª ed. en castellano). Madrid: Siglo XXI.
- Harvey, D. (2013). *Ciudades rebeldes. Del derecho de la ciudad a la revolución urbana* (1ª ed. en castellano). Madrid: Akal.
- Instituto de Ciencia y Tecnología Ambientales de la Universidad Autónoma de Barcelona, ICTA-UAB, (2016). *Evaluando los impactos de la gentrificación ambiental en los barrios históricamente vulnerables de Barcelona*. Barcelona: Instituto de Ciencia y Tecnología Ambientales de la Universidad Autónoma de Barcelona.
- Instituto Nacional de Estadística, INE (2016). *Encuesta sobre Equipamiento y Uso de Tecnologías de Información y Comunicación en los Hogares. Año 2016*. Madrid: Instituto Nacional de Estadística.
- Jiménez, C. (13 al 18 de agosto de 2007). Acción colectiva y movimientos sociales. Nuevos enfoques teóricos y metodológicos [ponencia]. En el *XXVI Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología*, llevado a cabo en Guadalajara, México.
- Lipovetsky, G. (1986). *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo* (1ª ed. en castellano). Barcelona: Anagrama.
- Mars, A. (15 de junio de 2015). El FMI advierte de que la desigualdad social frena el crecimiento. *El País*. Edición digital. Recuperado de [https://elpais.com/economia/2015/06/15/actualidad/1434367284\\_246688.html](https://elpais.com/economia/2015/06/15/actualidad/1434367284_246688.html)
- Monzón, I. (7 de abril de 2016). Turistas de Venecia, háganse a un lado y dejen pasar a los residentes. *El Mundo*. Edición digital. Recuperado de <https://www.elmundo.es/sociedad/2016/04/07/5706a3df46163fc0368b456d.html>
- Moreno, Fr. y Bruquetas, M. (2011). *Inmigración y Estado de bienestar en España*. Barcelona: Obra Social la Caixa.

- Moskowitz, P. (5 de febrero de 2015). The two Detroits: a city both collapsing and gentrifying at the same time. *The Guardian*. Edición digital. Recuperado de <https://www.theguardian.com/cities/2015/feb/05/detroit-city-collapsing-gentrifying>
- Navarro, A. (13 de febrero de 2017). Sectores 'e-commerce' que triunfaron en España en el 2016. *El Huffington Post*. Edición digital. Recuperado de [https://www.huffingtonpost.es/alex-navarro/sectores-ecommerce-que-tr\\_b\\_14634294.html](https://www.huffingtonpost.es/alex-navarro/sectores-ecommerce-que-tr_b_14634294.html)
- Nicolau, R. (2006). *Estadísticas históricas de España*. Madrid: Fundación BBVA.
- Niman, M. I. (1997). *People of the Rainbow: A Nomadic Utopia*. Knoxville, TN, USA: University of Tennessee Press.
- OlotMésB (2016). Regeneración urbana para combatir las desigualdades en las ciudades. *Planur*. Recuperado de <http://www.planur-e.es/miscelanea/view/regeneracion-urbana-para-combatir-las-desigualdades-en-las-ciudades-/full>
- Ortega, A. (6 de febrero de 2014). Robots contra las clases medias. *El diario.es*. Edición digital. Recuperado de [https://www.eldiario.es/zonacritica/Robots-clases-medias\\_6\\_226137396.html](https://www.eldiario.es/zonacritica/Robots-clases-medias_6_226137396.html)
- Piketty, Th. (2015). *La economía de las desigualdades. Cómo implementar una redistribución justa y eficaz de la riqueza* (1ª ed. en castellano). Buenos Aires: Siglo XXI.
- Rodríguez, A. (19 de septiembre de 2016). El nuevo aliado de Amazon: los supermercados DIA. *El Mundo*. Edición digital. Recuperado de <https://www.elmundo.es/economia/empresas/2018/02/13/5a82b18d468aeb065f8b45da.html>
- Sanz, J. M. (10 de julio de 2016). Ciudades inteligentes, ciudades sostenibles, ciudades digitales. Desentrañando la madeja. *El diario.es*. Edición digital. Recuperado de [https://www.eldiario.es/norte/vientodelnorte/Ciudades-inteligentes-ciudades-sostenibles-BID-smart\\_cities\\_6\\_535156489.html](https://www.eldiario.es/norte/vientodelnorte/Ciudades-inteligentes-ciudades-sostenibles-BID-smart_cities_6_535156489.html)
- Sartori, G. (1997). *Homo videns. La sociedad teledirigida* (1ª ed. en castellano). Madrid: Taurus.
- Süskind, P. (1985). *El perfume* (1ª ed. en castellano). Barcelona: Seix Barral.
- Torcal, M. (2000). Partidos y desafección política. *Magazine DHLAL*. Recuperado de <http://www.iigov.org>
- United Nations Human Settlements Programme, UN-Hábitat (10 de noviembre de 2016). *Entrevista a Elkin Velásquez, Director Regional de ONU-Habitat para América Latina y el Caribe*. Recuperado de <http://es.unhabitat.org/mientras-no-cambie-el-modelo-de-produccion-urbana-tardaremos-en-llegar-a-ciudades-sin-desigualdades/>
- Urteaga, L. (1986). Higienismo y ambientalismo en la medicina decimonónica. *Dynamis: Acta Hispanica ad Medicinæ Scientiarumque Historiam Illustranda*. Recuperado de <http://www.raco.cat/index.php/Dynamis/article/view/121798/170265>
- Venturi, R. (1995). *Complejidad y Contradicción en la Arquitectura* (1ª ed. en castellano). Barcelona: Gustavo Gili.





CONTENIDO

Introducción .....76

Patrimonio: esencia y políticas .....76

La globalización como motor de cambios .....80

¿Cómo definir la globalización? .....80

Turismo, patrimonio y centros históricos.....81

La renovación urbana: algunas propuestas .....88

Reflexiones finales .....90

Referencias .....91

Hiernaux-Nicolas, D. (2019). Globalización, patrimonio, turismo: aproximación desde la renovación urbana. En Yory, C. M. (Ed.), *Renovación urbana. Globalización y patrimonio* (pp. 75-91).  
doi: 10.14718/9789585456624.2019.4

1 Una primera versión de este trabajo fue presentada como conferencia magistral en el III Coloquio Internacional de la RIGPAC (Red Internacional de Pensamiento Crítico sobre Globalización, Patrimonio Construido) en asociación con la Universidad Iberoamericana de Santo Domingo, República Dominicana, el 25 de septiembre de 2014..

2 Profesor de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Autónoma de Querétaro(México) y miembro del Sistema Nacional de Investigadores del Consejo Nacional de Ciencias y Tecnología de México. Correo: danielhiernaux@gmail.com